

29 de agosto de 2023

Secretaría del Patriarcado Católico Bizantino <community@community.org.ua>

vie, 1 sept, 0:48

El PCB: Arrepentimiento de obispos mexicanos
por introducir prácticas paganas en la misa

vídeo: vkpatriarhat.org/es/?p=13353

Borrador de la carta siguiente fue elaborado por los obispos del PCB

Los obispos de México nos arrepentimos públicamente por haber aprobado —y algunos de nosotros incluso por haber introducido— el llamado rito maya de la misa con elementos idolátricos. El rito implica el absurdo establecimiento de dos funciones pseudolitérgicas, la de «principal» y la de «incensor». El «principal» también puede ser mujer, a pesar de que a veces resulta más importante que el sacerdote. El «incensor» ejerce, además, la función de diácono y, en algunos momentos, incluso de sacerdote celebrante. El nuevo rito también incluye una danza ritual idólatra que rinde culto a la llamada «madre tierra», es decir, Gea o Pachamama.

Los obispos de México reconocemos arrepentidos que nos dejamos engañar por la palabra mágica «inculturación» promovida por el sincretismo de Nostra aetate del Vaticano II. Hicimos la vista gorda a la realidad de la crueldad pagana y el demonismo. Nuestros antepasados, los aztecas y los mayas, sufrieron bajo el pesado yugo de esta esclavitud. Anualmente se ofrecían hasta 20 000 sacrificios humanos a los demonios. Mientras aún vivían, un chamán les abrió el pecho con un cuchillo y sacrificó su corazón sangrante a Satanás. Los rituales de sangre a menudo iban acompañados de danzas rituales. Además del chamán, los roles del incensor y del principal aparentemente también eran relevantes en los rituales de sacrificio humano en la cultura maya.

Nuestros antepasados, hace 600 años, vivían con miedo y terror de que si no hacían sacrificios humanos diarios al pseudodios, Satanás, el sol no saldría. El miedo y la oscuridad de la superstición pagana aherrojaban a nuestros ancestros incluso después de la llegada de los misioneros cristianos. El espíritu del paganismo, encarnado en la llamada cultura maya, seguía dominando incluso a nuestros antepasados bautizados. La oscura servidumbre de los demonios, que causaba miedo y tristeza, persistía. El punto de inflexión llegó cuando la Santísima Virgen se apareció al humilde campesino Juan Diego en Guadalupe. En poco tiempo se produjo un profundo cambio interno en el pueblo indígena. La Madre de Jesús aplastó la cabeza de la serpiente infernal, que había sojuzgado a la gente a través del paganismo y la llamada tradición de danzas rituales en honor a los demonios. La Santísima Virgen quebró su poder oscuro. Nueve millones de mexicanos, que se convirtieron en Guadalupe inmediatamente después, fueron librados de esta fuerte atadura espiritual. Atrás quedó la profunda tristeza que anteriormente había cubierto todo México, manteniéndolo bajo la maldición del paganismo. Dios habló a nuestros antepasados en su idioma usando símbolos en la imagen milagrosa de la Santísima Virgen, que abrieron sus ojos y corazones al Salvador. Por primera vez estaban dispuestos a creer en las buenas noticias del Evangelio sobre nuestra salvación temporal y eterna. Tan grande fue el gozo del pueblo que la fe se iba propagando como un incendio.

¡La cultura maya (y azteca), por otro lado, quemaba incienso para adorar a los demonios en lugar del Dios verdadero! La Sagrada Escritura advierte claramente: «Lo que los paganos sacrifican, lo sacrifican a los demonios y no a Dios». El Apóstol advierte además: «No quiero que seáis partícipes con los demonios. No podéis beber la copa del Señor y la copa de los demonios» (1 Co 10, 20-21). La promoción de la llamada cultura maya refleja una ignorancia básica de las Escrituras y la tradición. Los profetas siempre advertían al pueblo, y Dios lo castigaba con enfermedades, guerras y el exilio babilónico por su pernicioso sincretismo con el paganismo. Estos castigos son un precedente de advertencia para nosotros también. Son la consecuencia de los pecados contra el primer mandamiento. Según la tradición de la

Iglesia, los primeros cristianos preferían morir como mártires a echar un solo grano de incienso ante las deidades paganas. El rito maya propuesto está previsto que represente un avance hacia la supresión del Santísimo Sacrificio. El relativismo y el sincretismo religiosos contemporáneos se están plasmando ahora en pasos prácticos hacia la autodestrucción de la esencia del cristianismo.

En la actualidad, es Bergoglio quien comete idolatría pública. En la asamblea sinodal mundial de octubre en el Vaticano va a producirse un golpe secreto en la Iglesia. El Sínodo también planea discutir y votar la introducción de la pseudomisa maya como precedente para toda la Iglesia. Debe saberse que todos los participantes en este conciliábulo incurrirán en la excomunión *latae sententiae*, es decir, en la expulsión de la Iglesia. Esto se refiere a todos los obispos, sacerdotes, cardenales y laicos presentes.

La legalización fraudulenta de la idolatría ya comenzó con el Sínodo para la Amazonía. El cardenal Brandmüller se pronunció acerca de los documentos pertinentes que no se trataba solo de apostasía, sino de estupidez. La entronización del demonio Pachamama en el Vaticano es una apostasía pública de Cristo. En 2022, el papa ilegítimo se entregó públicamente a Satanás en Canadá mientras un hechicero soplabá un silbato de hueso de pavo salvaje. Esta es satanización oficial de la Iglesia. Adopta una forma más encubierta en la promoción de la llamada ecología, vinculada al culto a la madre tierra (Gea). Su manifestación externa es la propaganda sodomita como parte del llamado camino sinodal LGTBQ.

Por lo tanto, los obispos mexicanos, nos distanciamos ahora definitivamente del paso apóstata de introducir el llamado rito maya. Nos da miedo pensar que finalmente acabe por llevar a la supresión del misterio de la fe, es decir, de la santa misa. ¡De ninguna manera la adopción de prácticas paganas puede aportar una experiencia más profunda de este misterio! Detrás de esas prácticas está el espíritu oscuro del paganismo, el espíritu de la apostasía.

Como parte de la penitencia, los obispos os presentamos una verdadera profundización del misterio de nuestra salvación, que se hace presente mediante la consagración en la misa. Ante todo, dejad de mencionar en la misa el nombre del ilegítimo papa Francisco, quien ha hecho caer sobre sí el anatema según Ga 1, 8-9 por un antievangelio idólatra. De esta manera seréis liberados de la maldición que todo católico atrae sobre sí mismo si se somete interiormente a él, renunciando así a Cristo y a su Evangelio.

En cuanto a la experiencia interior más profunda del misterio de la misa, haced dos pausas del silencio. La primera antes de la consagración y la segunda después de ella. Antes de la consagración, que cada celebrante se arrodille y realice su unción sacerdotal, a través de la cual actúa el Espíritu Santo durante la consagración. De nuevo, brevemente con fe, que pida la renovación de su unción sacerdotal. Al mismo tiempo, que se dé cuenta con una fe viva de que ahora, por medio de él, el Espíritu Santo hará presente el misterio del sacrificio de Cristo en el Calvario. Durante el segundo momento de silencio después de la consagración, el sacerdote se arrodilla nuevamente y permanece en breve adoración con el pueblo. Se da cuenta de que Jesús está aquí ahora. Es un momento de gracia. En espíritu, está junto a la cruz de Cristo y se da cuenta: Jesús me ve, Jesús me habla ahora y me encomienda Su testamento antes de la muerte, diciendo: «He ahí tu madre». Con la misma fe y devoción que el apóstol Juan, recibo ahora a la Madre de Jesús en lo más íntimo de mi ser, en griego *eis ta idia* (Jn 19, 26-27).

Luego, los sacerdotes y los fieles reflexionan sobre la realidad de la muerte de Cristo, en la que hay victoria sobre el pecado y la muerte. Fuimos sumergidos en la muerte de Cristo por el bautismo (Rm 6, 3).

El silencio antes de la consagración dura alrededor de 3 a 5 minutos, al igual que el silencio después de la consagración. En este momento, o hay silencio o el coro canta una antifona; una al Espíritu Santo antes de la consagración y otra después repitiendo el nombre de Jesús, Yehoshua en hebreo.

En lugar de las palabras antes de la sagrada comunión: «Daos fraternalmente la paz», el sacerdote dice: «¡Cristo ha resucitado!». Los fieles comienzan a cantar una antifona alegre o una canción que celebra la resurrección de Cristo. Todos deben darse cuenta de su participación en la nueva vida de Cristo. La

esencia de la liturgia es hacer presente la muerte y resurrección de Cristo. Litúrgicamente, la resurrección se expresa en dejar caer una partícula del cuerpo de Cristo en el cáliz de Su sangre.

Sigue la sagrada comunión, donde el sacerdote y los fieles se unen con Jesús no solo espiritualmente, sino también físicamente. El requisito para poder comulgar es no encontrarse en estado de pecado grave. Después de la sagrada comunión, no hay absolutamente ningún espacio para la danza pagana, la llamada danza ritual. El Espíritu de Cristo en la misa no tiene nada que ver con el espíritu del paganismo. ¡No se pueden usar elementos paganos para «animar» el sacrificio de la cruz de Cristo!

La Iglesia en la situación extraordinaria actual se encuentra en estado de sede vacante. Hasta la llegada de un papa legítimo, el colegio de obispos católicos ortodoxos asume la responsabilidad de la doctrina y la moral ortodoxas. Este colegio es responsable ante el Dios mismo de la pureza de la doctrina que asegura la salvación eterna a todos vosotros. Sin embargo, todos deben luchar por la salvación a través de una vida de arrepentimiento y oración. Sin arrepentimiento y oración nadie será salvo. Por eso llamamos a la renovación espiritual sobre todo de los sacerdotes y religiosos. Consiste en que todos deben entrar en el camino de la salvación, que es Jesús. Por lo tanto, deben rechazar categóricamente el falso camino de la sinodalidad de Bergoglio que implica la promoción de la idolatría y la sodomía. Su camino falso lleva a la condenación eterna. Es necesario que todo creyente católico se dé cuenta de esto. Sólo hay un camino a la salvación, y ese es Cristo. El camino del paganismo está relacionado con la adoración y sumisión a los demonios. Este camino conduce a la perdición.

Como parte del arrepentimiento y el renacimiento espiritual de nuestra nación, hacemos un llamamiento a los sacerdotes a esforzarse durante un período de un año para poner en práctica los principios básicos sobre los cuales se edificó la Iglesia primitiva. Allí también estaban la Virgen María y los apóstoles. Según Hechos 2, 42, se trata de cuatro pilares espirituales: 1) oración, 2) enseñanza apostólica, no herejías o caminos falsos, 3) comunión, koinonía, 4) Eucaristía, santa misa, no sincretismo con demonios paganos.

¿Cómo implementar estos principios? Que los sacerdotes dediquen el día siguiente del domingo a la oración común —por lo menos cuatro horas— y luego a la comunión fraterna. Que se reúnan en grupos, preferiblemente de 4 a 7 sacerdotes en una casa parroquial. El momento estratégico es que se reúnan ya el domingo por la noche. Necesitan sobre todo compartir entre ellos y también salir de una especie de sentimiento de soledad o vacío exterior, que suele embargarlos al final del domingo. Tras el almuerzo conjunto el martes, finalizará este encuentro fraterno y de oración. Es durante esta reunión que Dios da el conocimiento de la profundidad de Su Palabra, que todo predicador necesita. El agua viva que fluye de estas reuniones sacerdotales periódicas provocará un renacimiento espiritual. Nuestra Señora de Guadalupe intercede para que se levanten los nuevos guerreros de Cristo, los cristeros, al igual que en la generación de católicos mexicanos de hace cien años. Estos guerreros permanecerán fieles a Cristo como mártires (gr.) aun a costa del martirio.

El PCB: Verdadero arrepentimiento
de los obispos católicos
(Borrador de la siguiente carta pastoral fue elaborado por los obispos del PCB)

vídeo: bcp-video.org/es/verdadero-arrepentimiento/

Queridos sacerdotes, religiosos y fieles:

Los obispos católicos ortodoxos estamos obligados ante Dios y ante vosotros, pueblo de Dios, a expresarnos con claridad y veracidad sobre la situación actual de la Iglesia. Como sucesores de los apóstoles, tenemos la responsabilidad, junto con el verdadero papa, por la Iglesia de Cristo. Desafortunadamente, el actual papa Francisco Bergoglio no se adhiere a la verdadera fe, sino que es un hereje y, por lo tanto, no es un papa legítimo. Siendo así, la responsabilidad de la Iglesia recae en el colegio ortodoxo de obispos. Quedan excluidos de este colegio apostólico los obispos de Alemania y

Bélgica, así como todo obispo que mantenga la unidad en la herejía con el ilegítimo papa Bergoglio y su camino sinodal LGTBQ.

Los obispos verdaderamente católicos confesamos nuestro gran pecado ante vosotros, queridos sacerdotes y fieles, y ahora hacemos penitencia pública. Nuestro pecado es que no nos dejábamos guiar por la palabra de Dios, pero entrábamos en pánico al pensar que los herejes podrían tacharnos de cismáticos si nos desvinculamos del sometimiento al hereje y traidor de Cristo. Esta intimidación y esta mentira colosal, a las que nos abrimos, nos asustaban. Esto se debía a que no tomábamos en serio a Dios, cuya palabra somete a los herejes al anatema, es decir, a la maldición, por un evangelio falso (cf. Ga 1, 8-9). Lo que más nos importaba era cultivar una imagen de excelencias y eminencias ante los ojos del mundo y muchos falsos católicos. No nos importaba cómo Dios nos mira o cómo nos sostendremos ante Él en el día del Juicio. Preferíamos vivir en el autoengaño. Nos engañábamos pensando que podíamos estar en desacuerdo con el programa herético del camino sinodal LGTBQ del papa ilegítimo y al mismo tiempo podíamos obedecerlo y someternos a él. No nos importaba que fuera un sinsentido. Nuestro autoengaño no requería ningún sacrificio por la fidelidad a la verdad. Nos daba igual que constantemente traicionáramos a Cristo y provocáramos indignación.

Confesamos arrepentidos que fue nuestra incredulidad y miedo los que nos presionaban a esta esquizofrenia. Temíamos que si actuáramos basándose en la realidad de que un hereje es un hereje, se nos consideraría provocadores de escisión o de un supuesto cisma. Nos autoengañábamos creyendo que al hacerlo quedaríamos descalificados ante el llamado público católico. Para mantener nuestra supuesta «buena» reputación, para no ser vistos como cismáticos por los herejes y el mundo, hemos sido capaces de negar a Cristo siete veces al día. Luego incluso lo santificamos falsamente al decir que, como hijos fieles de la Iglesia católica, teníamos que actuar de esa manera. Esa fue la siguiente etapa de la esquizofrenia espiritual. Debido a nuestra unión con el Vaticano bergogliano, que gradualmente acarrió una maldición, hemos vuelto insensibles y ciegos sin darnos cuenta. Nos negábamos a admitir que Bergoglio, contrariamente a la ley de Dios, aprueba el homosexualismo y transexualismo, que en *Amoris laetitia* anula los mandamientos de Dios y los principios morales universalmente válidos, que da luz verde a la educación sexual de los niños, recomienda el llamado «sexo sin rigidez» para ellos y al final los deja marcados. Hemos aceptado, paso a paso, este proceso destructivo, acabando convirtiéndonos en sus cómplices y atrayendo una maldición sobre nosotros mismos. Éramos perros mudos porque no sacamos ninguna consecuencia adecuada de este pisoteo de la ley de Dios. E incluso cuando la voz profética del ex nuncio de los EE. UU. C. M. Viganò llamó claramente al hereje y a toda la red homosexual a renunciar, aún guardamos un silencio traidor. Con nuestro consentimiento tácito, respaldábamos al hereje y no nos unimos a la voz de Dios que exigía la renuncia de Bergoglio. Cuando el cardenal Müller describió claramente el camino sinodal como doctrinalmente incompetente y canónicamente ilegítimo, no solo permanecemos callados, sino que apoyábamos este camino sinodal de apostasía en las reuniones sinodales.

En esta grave situación, cuando está en juego la existencia de la Iglesia católica, pedimos sinceramente a Dios la luz del arrepentimiento genuino para que podamos tomar conciencia de nuestros pecados, es decir, de nuestra traición a Cristo, de taparnos los ojos y los oídos ante la verdad, de nuestro fariseísmo, liberalismo, clericalismo, negligencia reprobable de nuestro deber de luchar contra las herejías, nuestra cobardía, amor al mundo y a la vanagloria. Nos gustaba dejarnos engañar por el llamado nuevo enfoque dinámico del depósito de la fe, las llamadas nuevas exigencias de la época, la condonación del pecado mediante una falsa misericordia y la llamada necesidad de un enfoque subjetivo. No queríamos escuchar la palabra profética, ni a través de personas, ni a través de situaciones de advertencia, ni a través de la voz de la conciencia. Sofocamos y suprimimos nuestra conciencia, sumergiéndonos así en la oscuridad y dejando de distinguir entre la verdad y la herejía, la moralidad y la inmoralidad. Además, silenciamos a los profetas así como a la voz profética en nuestros corazones para dejarnos guiar por falsos profetas, teólogos heréticos, en lugar de proteger al rebaño contra ellos como contra lobos rapaces. Era completamente cierto de nosotros que amábamos la gloria de los hombres más que la gloria de Dios.

Lo confesamos como nuestro pecado ante Ti, Señor, y ante la Iglesia. Descubrimos con horror que nos hemos visto envueltos en total ceguera espiritual, sordera y dureza de corazón. No queríamos ver, oír o darnos cuenta de que estábamos caminando por el camino de la perdición. Seguíamos diciéndonos que no podíamos estar equivocados cuando obedecíamos al santo padre, aunque sabíamos que así obedecíamos a un judas y traicionábamos a Cristo junto con él. Ahora lo reconocemos públicamente con arrepentimiento.

También confesamos nuestro pecado de obligar a la gente a vacunarse. Contribuimos a ello, ya sea de forma activa o pasiva. Permitimos que este espíritu de mentira y muerte actuara en nuestra diócesis. Por lo tanto, somos responsables de muchas consecuencias trágicas no solo para la salud y la vida humanas, sino también para las almas humanas. Si continuamos recorriendo este camino de unión con el Vaticano bergogliano, llevaríamos a esas almas bajo el gobierno del anticristo para que se les implantara un chip y finalmente terminaran en el lago de fuego.

Nos mentimos a nosotros mismos y a los demás diciendo que el camino sinodal LGTBQ era algo completamente diferente de lo que realmente es.

Además, el hecho mismo de que Alemania y Bélgica continúen con su apostasía oficial y nosotros, el colegio apostólico, hayamos guardado silencio al respecto hasta el día de hoy, es un signo de nuestra traición interior. Sabemos que el Vaticano de Bergoglio aprueba estos pecados que claman al cielo y, sin embargo, no fuimos capaces de alzar la voz en defensa de la verdad de Dios y condenar a Bergoglio y su red homosexual criminal.

Vivíamos en nuestra propia realidad virtual, y automáticamente conformamos la voz de la verdad a esas dimensiones, donde ya no se toma en serio a Dios y Su Palabra. Lo más importante para nosotros era mantener la imagen de un obispo católico que está en unión con el llamado santo padre. Nos negamos a admitir el hecho de que él ya se había excluido a sí mismo de la Iglesia incurriendo en el anatema. A través de nuestra unión con él, hicimos caer este anatema —maldición— sobre nosotros y nuestras diócesis.

Si algún sacerdote fiel a Cristo hubiera dejado de mencionar el nombre del hereje en la misa, lo habríamos excomulgado a sangre fría. Ahora nos damos cuenta de la monstruosidad de nuestro pensamiento: éramos capaces de cualquier cosa, incluso de matar a Cristo en las almas de sus fieles sacerdotes. Esta es una señal de nuestra traición a Cristo y de nuestra ceguera espiritual. Por el contrario, estábamos obligados por la autoridad de Cristo a prohibir a los sacerdotes mencionar el nombre del papa ilegítimo en la misa. En cambio, estábamos montando un espectáculo público y observando atentamente para que ninguno de los sacerdotes se atreviera a dejar de decir el nombre de este hereje en la misa. Tal sacerdote se libraría así de la maldición bajo la cual manteníamos a toda la diócesis a través de nuestra pseudoobediencia al llamado santo padre. Sí, sobre nosotros recae la mayor parte de la culpa por perpetuar la maldición que pesa sobre nuestra diócesis hasta el día de hoy. Somos culpables de un cambio en la forma de pensar de los católicos que ya no pueden llamar pecado al pecado o perversión a la perversión, y mucho menos arrepentirse verdaderamente. Este es el corpus delicti que nos incrimina del abuso de autoridad y de terribles crímenes contra Dios. Ahora lo reconocemos arrepentidos y hacemos penitencia pública, porque el arrepentimiento es el único camino a la salvación. Si nos endureciésemos en la mentira, seríamos corresponsables de la traición masiva y del suicidio atroz del Cuerpo Místico de Cristo.

Clamamos con el profeta Daniel: «¡Oh Señor, Dios grande y temible, ... hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho lo malo, nos hemos rebelado (al estar involucrados en la rebelión sinodal LGTBQ) y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas (respetando a Bergoglio, el falso papa, que no solo transgrede, sino que incluso abroga las leyes de Dios). No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que hablaron en tu nombre. (Fueron muchas veces sacerdotes valientes o fieles anónimos, que eran una voz profética y un reproche viviente para nosotros.) ... Nuestra es la vergüenza en el rostro, que llevan hoy todos los hombres (todos los obispos católicos). ... Ha sido derramada sobre

nosotros la maldición y el juramento (por un falso evangelio LGBTQ promovido por el pseudopapa a través del camino sinodal). ... Ahora pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo (de mí, un obispo penitente) y sus súplicas... ¡Señor, perdona! ¡Señor, atiende y actúa! ¡No tardes!» (cf. Dn 9, 4 ss.).

Ahora nos separamos públicamente de la secta bergogliana. Por esta separación, eliminamos la maldición que pesaba sobre nosotros y nuestras diócesis.

Hacemos un llamamiento a los sacerdotes para que dejen de mencionar en la misa el nombre del hereje público y rebelde contra Dios, judas y apóstata Francisco, para no hacer caer nuevamente la maldición sobre ellos y los fieles.

Os pedimos, queridos fieles, rezad el rosario entero de quince decenas, si es posible, diariamente hasta finales de octubre. Estos días históricos son determinantes en el destino de la Iglesia católica. Es el período más dramático de toda su historia.

Rogemos a la Santísima Virgen: ¡Oh nuestra querida Madre, aplasta con tu pie la cabeza de la serpiente infernal!

El colegio ortodoxo de obispos penitentes de la Iglesia católica pedimos sus oraciones y os otorgamos nuestra bendición

29 de julio de 2023